

Hablando de memorias

La casualidad (con su impecable subordinación de efecto a causa) encaja en el orden ideológico del Marxismo, no en el desorden liberal de las más que ideas, desvarios, que van a (des)componer estas apostillas a dos obras recién aparecidas casi simultáneamente. Se trata de las memorias de dos notorios comunistas. Hablemos pues de memorias.

La primera en el tiempo "Si yo te contara", del archiconocido actor Paco Rabal, expresa su exuberante personalidad, parlanchina y sonriente, compatible con un comunismo visceral, experimentado ya en sus primeros años, duros, pues no en vano transcurridos en la paupérrima tierra murciana de Águilas, confirmado en su juventud madrileña dependiendo del patrono, del que pronto pudo liberarse gracias a su apostura apta para el cine. Hasta aquí nada extraordinario, mientras que sí lo es cómo ha podido conciliar sistema tan rotundo, ceñudo, cual el Marxismo-Leninista, con el cachondeo, chanza, mangancia del jaquetón que alterna en tascas y prostíbulos, como en su propia casa. Más aún: ha conseguido conciliar algo más difícil todavía: la devoción (ya que no fidelidad) a su esposa con su alardeado donjuanismo. De éste he sido yo testigo presencial en Roma, cuando, desconociendo el italiano, me invitó a una cena-baile con Silvana Pampanini, la más despampanante actriz

**PILAR
MARTÍN-GUZMÁN**

«Los críticos rusos del comunismo, Solzhenistyn y A. Zinoviev, han percibido mejor que los extranjeros, el carácter surrealista del régimen soviético, en el sentido de que las semillas de la catástrofe final se dan desde el principio, impidiendo, así, toda posibilidad del llamado "comunismo de rostro humano".»



italiana. Bien, demasiado sé que no todos los gerifaltes comunistas fueron púdicos (empezando por Marx y culminando en Stalin, cuando salía por peteneras caucasianas) para llegar a Krushev, quien consiguió marcarse un zapateado en los escaños de las Naciones Unidas. Pero se trataba de raptos ocasionales, mientras que en el caso de Rabal su alegría viril corre a raudales en todo momento: entre tapa y tapa la vida destapa.

Muy otro es el caso de Manuel Azcárate, autor de "Derrotas y Esperanzas. La República, la Guerra Civil y la Resistencia", editado por Tusquets, pues se trata de un introvertido, ajeno a la fácil efusión. Nacido en la púrpura (su padre, Pablo, era Vicesecretario de la Sociedad de Naciones, en Ginebra) supo arrojarse a las azules aguas del comunismo, como predicó, sin el ejemplo, Picasso, a los jóvenes. Captado por la propaganda comunista, pronto se convirtió a su vez en agente, y ya antes del atribulado año 1936, venía a Madrid, aprovechando para una labor de persuasión entre los estudiantes de la Institución Libre de Enseñanza e Instituto-Escuela. Presenció como voluntario la única victoria republicana, en Teruel, salvándose de la derrota final, pues no sé si por sus méritos o los de su padre, por entonces Embajador en Londres, evitó ser blanco, en cuanto rojo, de los azules, en el avión de Negrín. En el breve período de la alianza nazi-comunista, su actividad se concentró en fomentar la resistencia al franquismo y durante los largos años en la emigración su fe en el comunismo soviético sólo comenzó a flaquear durante su (tardía) estancia moscovita en 1958 "la gran decepción de mi vida", mientras que su expulsión del Partido es mucho más reciente (1981).

Quede constancia, por una parte, de que la obra está escrita en tono narrativo, que atenúa la jactancia propagandista, y por otra de que Azcárate, en cuanto consecuente marxista, del derrumbamiento de la URSS saca la (hasta cierto punto lógica) conclusión de que lo que hay que derribar ahora es el último bastión de una fidelidad igualmente universalista, representada por la Iglesia Católica "esa costra cristiana que nos envuelve, nauseabunda en tantos aspectos". Es oportuno traer a cuento aquí que las primeras personalidades religiosas de la incipiente Santa Rusia afirmaron ya que, tras Bizancio, habría de ser Moscú la tercera y definitiva Roma. Ahora bien, tal antecedente no basta a comprender lo que hay detrás de esta inquina contra la Iglesia de Azcárate, que no deja de cantar su "mea culpa" (en cuanto a institución humana) en lugar de dirigirse contra la economía de mercado, como parecería natural. Lo que ocurre es que el comunismo tuvo más contacto con el cristianismo que con el capitalismo, desde los primeros tiempos hasta la reciente "Teología de la Liberación". De algún modo, aunque por poco tiempo, pudo parecer su "compañero de viaje", confusión que proviene de tan confuso

«Lo que ocurre es que el comunismo tuvo más contacto con el cristianismo que con el capitalismo, desde los primeros tiempos hasta la reciente "Teología de la Liberación".»



como profuso movimiento Chiliasta (milenario), cuando buena parte de los cristianos incurrió, de alguna manera, en la loca esperanza de la segunda y definitiva venida de Cristo, al cumplirse el año mil. Ahora bien, son muchos (entre ellos probablemente Azcárate) los que parecen ignorar que el mensaje de Cristo no reduce la solución final al llamado "cambio de tortilla" (la propiedad de los medios de producción) sino que exige un cambio personal, interior, que consiga anular o, cuando menos, debilitar, la natural tendencia del "ego" a dominar al prójimo. Concretándome a la dimensión económica (principal para el comunismo) recordemos que no en vano el proverbio francés dice "Les affaires? C'est bien simple: c'est l'argent des autres"...

Los críticos rusos del comunismo, Solzhenistyn y A. Zinoviev, han percibido mejor que los extranjeros, el carácter surrealista del régimen soviético, en el sentido de que las semillas de la catástrofe final se dan desde el principio, impidiendo, así, toda posibilidad del llamado "comunismo de rostro humano". Ahora bien, en este orden de ideas, no conviene olvidar que el colapso del comunismo frente al capitalismo occidental se debe, no tanto a la inferioridad de su economía, como a la de su tecnología (Breznev apabullado por las S.D.L. de Reagan) y, en definitiva, ideología... Explicación ésta compatible con el reconocimiento de que el comunismo es un muerto... que goza de relativa salud, tal como lo demuestran las recién-tísimas elecciones en Bulgaria, como las anteriores de Polonia, Hungría, fenómeno que también podría producirse en España, gracias a Izquierda Unida...

Azcárate para nada alude a este tipo de victorias (tan incompletas como parciales) y ello, entiendo, por la simple razón de que su fe apuntaba al cambio radical del Mundo, despertada en su adolescencia. De aquí su total desinterés por mejorar la actual situación, inquietándole únicamente la Iglesia Católica precisamente por su buena salud. Quizás se deba ello a que, en cuanto comunista consciente, recuerde el fracaso sufrido en la URSS al intentar copiar algo de la economía de mercado con la N.E.R (1921). Me permito no considerar inoportuno resumir el intento occidental de corregir su propia economía, dado que Azcárate confiesa preocuparse por el futuro, siendo así que sólo se ocupa del pretérito. En la actualidad, el consumo ya no puede considerarse el factor decisivo de la economía.

La penuria rusa en su paso a la economía de mercado, constituye la mejor crítica del ingenuo liberalismo económico, centrado en el régimen de mercado, aunque por supuesto la Rusia actual no lo practica a nivel de los países occidentales, de donde se origina la relativa prosperidad de éstos. Es indudable que en el porvenir estos

«El comunismo es un muerto... que goza de relativa salud, tal como lo demuestran las recién-tísimas elecciones en Bulgaria, como las anteriores de Polonia, Hungría, fenómeno que también podría producirse en España, gracias a Izquierda Unida...»



países necesitarán aperturas más amplias, y para esto no faltan augures optimistas, como destacadamente el economista norteamericano Peter F. Drucker, quien, desentendiéndose de la actual idolatría tecnológica, pone su esperanza en el conocimiento, que, en cuanto verdaderamente objetivo, es autocrítico escapando, así, al fácil beaterio aún persistente. Bueno fuera que Drucker tuviese un cabal entendimiento de lo que es Conocimiento y aquí se impone la referencia a los griegos, su concepto de la "Hybris" (ceguera, arrogancia), en cuya virtud la última motivación de la moralidad es evitar el castigo divino a la Hybris, connatural al hombre: sólo el equilibrio, tanto en política como en economía, puede garantizar su auténtico desarrollo, evitando el arrollo comunista (sufrido por tantos), gracias a la ceguera de los bien intencionados como Azcárate, pero también el arrullo de la economía tecnológica. Se trata de un equilibrio habitualmente centrado en Esquilo, pero que el profesor B. Williams, prefiere situar en Hornero, lo que para mí es significativo por cuanto éste ha sido el modelo del a su vez modelo, para todos, anglosajón. Los indudables éxitos de la economía tecnológica en el reciente pretérito y en el tanto más candente de la industrialización fulgurante del Extremo Oriente, no pueden ocultar el desequilibrio cada vez más acuciante, entre producción y consumo, cuando pronto los acosados consumidores no darán a basto a tantos automóviles, neveras, refrigeradores. Los cerca de dos mil millones de indios y chinos, que están incorporándose velozmente a la economía moderna, pronto se verán atosigados por la superproducción. De aquí que únicamente quedará África como mercado receptivo para la ingente producción mundial, a la que sólo podrá frenar la penuria de suelo vegetal y minerales junto con el exceso de producción y la falta de lluvia (¡salvo la acida!).

A uno le gustaría, volviendo ahora a las Memorias y a sus tres competentes presentadores quienes, proponiéndoselo o no, montaron una auténtica representación, que el tan obligado como saludable reconcomio hispánico sobre la estéril Guerra Civil no se limitase, como pareció pretender uno de ellos, el conocido politólogo Javier Pradera, mayormente a exculpar a los comunistas de aquella gran miseria en la que tantos resultaron alternativamente víctimas y verdugos, culpables e inocentes. Sería deseable que escritores como los que nos ocupan, pese a su respetable comunismo visceral, adoptasen cierta medida, pareja a la del propio autor, aunque bien sé que el auténtico género autobiográfico responde a un talante irónico, capaz de proteger del absolutismo. Soy perfectamente comprensible de que, en mi coyuntura vital coetánea de la de Azcárate, los abundantes talentos generosos, como el suyo, vieran en el marxismo leninista la mejor, incluso única, manera de

«Los indudables éxitos de la economía tecnológica en el reciente pretérito y en el tanto más candente de la industrialización fulgurante del Extremo Oriente, no pueden ocultar el desequilibrio cada vez más acuciante, entre producción y consumo, cuando pronto los acosados consumidores no darán a basto a tantos automóviles, neveras, refrigeradores.»



liberar a los explotados por los "beati possidentes". Algunos brillantemente como Lord Bertrand Russell, y yo modestamente, teníamos demasiado presente en tal coyuntura, a los personajes de Dostoievski, santos o endemoniados, para hacer confianza a los rusos, protagonistas de la candente realidad de 1917. Evitábamos caer en los violentos, o en el Idiota, pero tampoco queríamos incurrir en el dilema de Sacha Yegulev, el idealista político que acaba en bandolero, o en el problema de Oblo-rnov, el complaciente que termina en la desgana. Occidente sólo puede ofrecer un personaje tan destructivo (y destruido) como el Cándido de Voltaire. De este orden de ideas se origina la hipótesis optimista de que al haberse implantado el marxismo en país más adelantado que Rusia, podía haber alcanzado mejores resultados...

No es, sin embargo, a este orden anecdótico de ideas al que me gustaría se orientase tan consciente partidario como Azcárate, sino a cierta versión de la Ilustración, "ligeramente" representada, según parece, por Hume, y ahora, con mayor rigor, por el librepensador Isaiah Berlin...

En tal perspectiva, en virtud de lo que yo llamaría una cierta retranca, el sujeto responsable, en cuanto pensante es capaz de percibir que toda ideología o sistema, y tanto más si de orden político, comporta una tendencia a la degradación, en cuya virtud los efectos negativos que en un principio eran secundarios, terminan predominantes. Algo que se aplica a los sistemas más ecuánimes (liberal-democracia en política y régimen de mercado en economía) lo que no debería impulsarnos al pesimismo escéptico, sino a la moderación y la reforma (como acaba de declarar el ex-comunista J. Semprún a una revista alemana).

Los comunistas, sean arrepentidos o recalcitrantes, tienen razón al afirmar que el régimen de mercado no es la salvación, como a fortiori, tampoco lo es el comunismo. Ahora bien la seducción (ejemplarmente ejercida por los Grandes Almacenes) ciertamente no deja de ser una coacción. (¡Pero cuánto más grata que la de la policía política!).

Ni que decir tiene que, por supuesto, los otros dos presentadores de la obra, el Catedrático de Teoría Económica, Julio Segura y el vehemente novelista A. Muñoz Molina, no predicaron para nada la enmienda sino la contumacia. Parecen ignorar lo que A. Malraux me dijo de palabra lo mismo que J. Semprún ha escrito, a saber, que la victoria de Franco tuvo al menos un buen efecto: el de evitar que España, convertida por Moscú en la primera "democracia popular", hubiese cooperado con el Eje Moscú-Berlín.

«Sería deseable que escritores como los que nos ocupan, pese a su respetable comunismo visceral, adoptasen cierta medida, pareja a la del propio autor, aunque bien sé que el auténtico género autobiográfico responde a un talante irónico, capaz de proteger del abosolutismo.»



Dudo mucho que hayan leído la encuesta que sobre las consecuencias de 1988 acaba de realizar el prestigioso Neue Zürcher Zeitung, que su coordinador resume así: el motivo ocasional de la encuesta fue por supuesto Rusia y Europa Oriental, pero no dejó de recaer en la Occidental, cuya parte de responsabilidad está en juego: todos somos responsables ante la Historia. No fuera malo repetir que la guerra fría no se resolvió en términos de competencia económica sino bélica, en virtud de la superioridad estratégica del S.D.I. de Reagan, pero lo cierto es que en la actualidad todo, o al menos lo militar, depende del desarrollo económico.

Pero no perdamos las Memorias y Azcárate, añadiendo algo de éste en cuanto autor. El crítico norteamericano Bloom presenta como innovación, ahora, el conceder importancia a la investigación de la psicología de todo autor, lo que se aplica a Azcárate no tanto como escritor, pues él sólo pretende ser relator, que como personalidad, debilitada ésta, quizá por su deficiente bachillerato a causa de su temprana politización, independizándose de sus antecedentes familiares, tan influidos por el equilibrio de la Institución Libre de Enseñanza, heredera de la mejor ilustración, en las antípodas del stalinismo, por más que disfrazada de antifascismo. Azcárate ignoraba, igual que otros muchos por entonces, algo importante. A saber, que Rusia había tomado uno sólo de los dos factores de la ilustración: la modernización del Estado, pero no la liberación (yo preferiría hablar de reconcomio) del individuo, según acaba de recordarnos el antropólogo de Cambridge E. G. Gellner. Ahora bien, la ruptura de Azcárate con su familia en lo ideológico fue compatible con la pervivencia sentimental. Esta le ayudó en la difícil vida del exilio, y también del activismo (casa, influencias, contactos, incluso coche), sobre todo cuando la alianza Stalin-Hitler le privó de toda ayuda moscovita, aparte de la consabida ayuda ideológica, pues me refiero concretamente a la económica.

En este mismo orden de ideas se comprende que para la portada de sus Memorias haya preferido recomponer una foto familiar, cuyo centro no es su padre (quien tanto le ayudó), sino su tío Justino, (quien pudo "meterle" en El País) componiéndoselas, además, para que éste parezca contemplar con ternura la banderita roja sostenida por el niño Manolo cuando, en realidad, se trataba de un peón, juego infantil predilecto de la familia Azcárate... Ello a pesar de que de los tres Azcárate, sólo Justino rompió con el Frente Popular y más aún con el bando rojo de nuestra enésima guerra civil y si se me permite el juego de palabras, yo añadiría que ya hubiese bastado con

«Algo que se aplica a los sistemas más ecuanímenes (liberal-democracia en política y régimen de mercado en economía) lo que no debería impulsarnos al pesimismo escéptico, sino a la moderación y la reforma (como acaba de declarar el ex-comunista J. Semprún a una revista alemana.»



que su tío se mostrase enternecido por ese último y sufrido eslabón de la actividad económica que es, precisamente, el peón.

Si la presentación de estas memorias resultó más bien una representación, con brillantes actores, y tan perfectamente encajados ahora en la sociedad española, más sorprendente todavía ha resultado su obtención del Premio Comillas. Con ello me atengo únicamente a la versión, no confirmada, de Mario Vargas Llosa, según la cual éste no ha leído el libro, como tampoco otro de los miembros del jurado, mientras que una señora, miembro de la editorial, confiesa lo mismo, e incluso, se llega a insinuar que ni siquiera a Javier Pradera le había convencido. Me sirvo de esta insegura apoyatura para un juego de palabras al decir que el libro ha obtenido el Premio "entre comillas", es decir, de una manera virtual, y por tanto incierta.

Este juego de palabras me incita a decir al lector cándido (si es que existe) que quisiese medir mis palabras, aunque dé sobra sé que estas son, de suyo desmedidas. Tal es su fuerza que, apenas pronunciadas, se le escapan a uno de la mano, pudiendo llegar a perder el sentido o alcanzar uno distinto. Sin llegar a la forma extrema del palíndromo "dábale arroz a la zorra el abad", que induce a la total confusión, yo me limito a atenerme al clásico ejemplo "donde digo digo, digo Diego" consciente de que lo que cuenta es la disposición a desdecirse.

Quede claro, pues, que cuanto he dicho de las Memorias de Azcárate, responde más a la idea de reseña (reseña) que a la de crítica (juicio). Ello por la simple razón de que la obra en nada resulta apologética, y ni siquiera, crítica, salvo la dirigida contra la iglesia católica.

Azcárate narra sencilla, no siempre ingenuamente, su asendereada vida, sin lamentar haberla dado, erróneamente, al comunismo soviético. Más significativo todavía es que se desinterese por completo del porvenir. Sólo el pretérito cuenta, quizás por aquello del "post hoc ergo propter hoc", en lo que difiere de las obras admirables de los grandes arrepentidos del comunismo (hay que renunciar a la realista de tantos ilustres nombres) que se preocupan de mejorar la economía liberal y la sociedad democrática (ambas imperfectas). De aquí mis alusiones, que pueden parecer fuera de lugar, a las obras más recientes de la inteligencia occidental que se proponen una labor de reforma y mejora.

De relato menos veraz que modesto, cual el de Azcárate, sólo me produce repelús su inquina contra la Iglesia cristiana, que, en cuanto secular institución humana, ha estado aquejada de múltiples vicios,

«Para la portada de sus Memorias ha preferido recomponer una foto familiar, cuyo centro no es su padre (quien tanto le ayudó), sino su tío Justino, (quien pudo "meterle" en E1 País) omponiéndoselas, además, para que éste parezca contemplar con ternura la banderita roja sostenida por el niño Manolo.»



afrontados, cuando no corregidos, por la crítica (tan libre en occidente), no menos que por su propia autocrítica. Animosidad confirmada como colofón a su vida, cuando de la "gran decepción de mi vida" (su estancia en Moscú en 1958), dice que la única vía de escape "es una concepción laica del mundo"... como si esto no fuese, precisamente, la de occidente, tan combatida por Azcárate, en cuanto aparatchik. Consideración, esta, que me mueve a colegir que la moraleja de que bien pudiese reflejar finalmente, la obra, es la consabida de Nietzsche de equiparar lo memorable a lo penoso.

He escrito sin ton ni son (no en vano "verba volant") de dos obras que, sin proponérselo, deberían incitar al general reconcomio hispánico. Para un juicio cabal, no basta, claro es, Memoria; se requieren también, Entendimiento y Voluntad, pero no es menos cierto que aquí yo me propuse únicamente hablar de memorias... Valga, pues, la intención...

«Azcárate ignoraba, igual que otros muchos por entonces, algo importante. A saber, que Rusia había tomado uno sólo de los dos factores de la ilustración: la modernización del Estado, pero no la liberación (yo preferiría hablar de reconcomio) del individuo, según acaba de recordarnos el antropólogo de Cambridge E. G. Gellner.»

